



Revista de Estudios Sociales

ISSN: 0123-885X

res@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes

Colombia

Flores, Pamela; Crawford, Livingston
La ciudad en América Latina o la construcción simbólica de una mirada que nos re-presente
Revista de Estudios Sociales, núm. 10, octubre, 2001, pp. 41-46
Universidad de Los Andes
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81501005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La ciudad en América Latina o la construcción simbólica de una mirada que nos re-presente

Pamela Flores*
Livingston Crawford**

*"La globalización significa que usted
nunca más se verá obligado a pedir disculpas"*
Carlos Monsiváis

Resumen

Este ensayo enfoca la construcción de ciudadanía desde la perspectiva de la globalización como paradigma que no agota las visiones que sobre el ejercicio ciudadano pueden construir hoy los habitantes de América Latina. Asumiendo la ciudad como el espacio del proyecto liberal de la Modernidad, el artículo plantea la incidencia de la globalización y del multiculturalismo, como su correlato, en las ciudades contemporáneas. Para ello, describe las diferencias que opera, entre las urbes del Primer Mundo y las de América Latina, el discurso de la desterritorialización producido por el espectáculo y el consumo. El ensayo propone la construcción de una nueva mirada a la ciudad latinoamericana a partir de una concepción de la cultura que no legitime la precaria vida cotidiana urbana y reincorpore la noción de colectividad territorial. Así, podremos asumir nuestras urbes sin excluir los grandes espacios de la miseria y hacer de la ciudad el ámbito de ejercicio de una libertad que pasa, necesariamente, por lo político.

Abstract

This essay focuses on the construction of citizenship from the perspective of globalization as a theoretical model that does not exhaust the visions that the inhabitants of Latin America may build on the citizen exercise. Assuming the city like the space of the liberal project of Modernity, the article raises the incidence of globalization and multiculturalism, like its co-narration, in contemporary cities. For this, it describes the differences that the concept of "desterritorialización", produced by show business and market, operate between the large cities of the First World and those of Latin America. The essay proposes the construction of a new perspective of the city in Latin America, from a conception of culture that does not legitimizes the precarious urban daily life and restores the notion of territorial colectivity. Thus, we will be able to assume our cities

* Magister en Proyectos de Desarrollo Social, Universidad del Norte, Barranquilla, Universidad de París XII. Licenciada en Educación y Comunicadora Social. Docente del Programa de Comunicación Social y Miembro del Grupo de Investigación en Comunicación de la Universidad del Norte.

** Candidato a Magister en Comunicación Universidad Internacional de Andalucía y en Filosofía, Universidad del Valle. Comunicador Social y Especialista en Gestión Cultural. Coordinador de Comunicaciones y Audiovisuales, Instituto Distrital de Cultura de Barranquilla. Docente del Programa de Comunicación Social y Miembro del Grupo de Investigación en Comunicación de la Universidad del Norte.

without excluding the great zones of misery and making of the city the space of exercise of a freedom that includes, necessarily, the political approach.

I.

A pesar de ser la deslocalización de la producción una clara marca del ejercicio político contemporáneo, un amplio sector del debate de las Ciencias Sociales, en general, y de la globalización, en particular, parecieran inscribirse en un modelo teórico que elimina de la discusión los factores políticos y presenta la globalización como paradigma insuperable. En *Otro Territorio, Ensayos sobre el mundo contemporáneo*, Renato Ortiz propone que "en lugar de pensar el mundo desde América Latina ... pensemos el mundo en su flujo y, luego, hagamos las preguntas pertinentes a nuestra realidad"¹, lo cual puede iluminar la reflexión sólo si se considera que, si bien los centros de poder hoy se han desterritorializado, ese hecho, lejos de conformar una esfera ajena a la política, nos alerta sobre un mundo en donde el ejercicio de lo público se agota en el consumo, hecho cultural por excelencia y acción política que incorpora al individuo al universo globalizado. La noción de globalización como paradigma insustituible tanto teórica como empíricamente pareciera ser ya un lugar común. Por ejemplo, en una columna publicada recientemente, el Nobel de Economía de 1998, Amartya Sen, afirmó que "las protestas anti-globalización se inscriben ellas mismas en el proceso general de globalización, del cual no hay escapatoria"², enfatizando su omnipresencia pretendidamente aséptica y haciendo parecer ingenuas visiones abiertamente políticas como la de Touraine: "La globalización es el imperialismo con otro nombre, purgado de la tensión ideológica que el concepto expresaba"³. Los peligros de la presunta desideologización de los discursos en las Ciencias Sociales son aún un debate pendiente. Las fracturas de la modernidad y la caída de los grandes meta-relatos no sólo producen dividendos en Occidente sino que han posibilitado la construcción de los fundamentos teóricos de un individualismo hedonista que ha eliminado la culpa y la responsabilidad, lo que Lipovetsky ha llamado la ética del postdeber, construyendo una libertad que se resuelve en el universo del mercado y que complejiza la

¹ Renato Ortiz, *Otro Territorio, Ensayos sobre el Mundo contemporáneo*, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 1998, Introducción, pág. xxii.

² Amartya Sen, "Si es justa es buena: 10 verdades sobre la globalización", en *El Malpensante*, agosto-septiembre de 2001, N. 32, pág. 54. Originalmente aparecida en el *International Herald Tribune*.

³ Alain Touraine, citado por Mattelart, en "Utopía y realidades del vínculo global. Para una crítica del tecnoglobalismo", en *Diálogos de la Comunicación*, N. 50, pág. 20.

reflexión sobre las acciones y responsabilidades colectivas incluyendo aquellas relacionadas con la ciudadanía. Así, *Compro, luego existo* podría sintetizar el tránsito del sujeto cartesiano al individualista posmoderno, lo que conduce a que visiones desconfiadas o escépticas, como las de Touraine o Mattelart, por ejemplo, resulten incómodas, con un desagradable sabor a pasado, y el término globalización, con su pretendida inevitabilidad y ausencia de sesgo político, se haya impuesto como dogma posmoderno precisamente en cuanto se presenta como lo más alejado del dogma: flexible, cambiante, fluido, promotor de libertades y capaz de adaptarse a las más diversas sociedades y culturas.

II.

Ya en 1965, el profesor de Economía, Harry G. Johnson, consideraba que existían tres obstáculos para “el establecimiento de un sistema comercial internacional que permitiera y estimulara la participación en condiciones justas de los países subdesarrollados en el *proceso del desarrollo económico mundial*”⁴, entre los cuales encontraba “el nacionalismo de los propios países subdesarrollados (que) tiende a crear fuerte resistencia a la incorporación de (éstos) en la principal corriente de desarrollo económico mundial”⁵. Casi cuatro décadas más tarde, inscritos ya en la corriente de la economía mundial, los países de América Latina enfrentan las consecuencias económicas de haber permitido que se les incorporara a un proyecto en cuya formulación no habían participado. Como es sabido, los planes trazados en Bretton Woods, después de la II Guerra Mundial, incluyeron la creación del Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (Banco Mundial) el cual fue “destinado a suministrar en condiciones ventajosas un flujo constante de capital a los países necesitados del mismo para su desarrollo económico”⁶. Hoy, los “países necesitados” de aquel entonces, experimentan “la quiebra de las industrias nacionales... que no pueden sostener la competencia por tecnología, precios y volúmenes de producción”⁷, y la necesidad de disminuir el Estado y reducir las obligaciones de éste con la población para pagar la deuda externa. La disminución del poder del Estado nación y la reaparición de lo local hacen de la ciudad el nuevo espacio desde donde

construir las nuevas relaciones colectivas, en tanto que se reterritorialice la ciudad como escenario político y se construyan identidades por fuera de los universos virtuales de la cultura mundializada.

III.

Desde sus inicios el proyecto capitalista tuvo un carácter ecuménico y la ciudad -como ámbito del nuevo orden- se convirtió en el escenario adecuado para las nuevas relaciones sociales y las nuevas formas de ejercicio del poder. A partir de la Revolución Industrial, la ciudad fue, cada vez más, esplendor y miseria, opulencia y ruina. Sólo a partir de las reivindicaciones sociales alcanzadas después de 1848, iniciaron las ciudades europeas el lento camino hacia un concepto armónico del espacio urbano y un tránsito hacia las urbes democráticas del siglo XX. En América Latina, por el contrario, las terribles desigualdades producidas por los incipientes desarrollos industriales y por una urbanización producto de la violencia y el abandono de las áreas rurales aumentaron a lo largo del siglo pasado. A una modernidad que, en términos urbanos, se dio en la mayoría de los casos con una precariedad expresada en deficientes servicios públicos, transporte masivo inadecuado, inseguridad ciudadana, caos vehicular y crecimiento desbordado de grandes zonas de miseria, se juxtaponen luego los signos de la posmodernidad: vías de alta velocidad, privatización de los servicios públicos, grandes centros comerciales, acceso a los medios de comunicación masiva internacionalizados, deterioro de los nodos de identidad, pérdida de los espacios tradicionales, aumento de la inseguridad con el consiguiente crecimiento de los signos de la desconfianza: rejas, vigilancia privada, alarmas. Así, mientras las ciudades del Primer Mundo conservan y aumentan los espacios públicos para el ocio, compartido o no, a medida que crecen los ámbitos de la soledad producida por los flujos urbanos, mientras construyen nuevos signos de identidad que integren los nuevos sectores al escenario ciudadano, la mayoría de las ciudades de América Latina configuran sus proyectos de ciudades posmodernas (cuando lo hacen) ignorando los grandes cinturones de miseria que las rodean. Es decir, que si las desigualdades sociales originadas en la población urbana europea durante los siglos XVIII y XIX fueron seguidas por una modernidad que incorporó a la mayoría a un proyecto de ciudadanía mediante la pertenencia al Estado-nación, la identidad nacional fue, en América Latina, un proyecto excluyente realizado desde unas clases dominantes que representaban sectores ínfimos de la población y que negó a las mayorías toda participación. Así, el Estado-nación, referente simbólico

⁴ Harry G. Johnson, *La Economía Mundial en la encrucijada*, Barcelona, Editorial Labor, 1968, pág. 97. El subrayado es nuestro.

⁵ Ibid., pág. 97.

⁶ Ibid., pág. 75.

⁷ Ana María Fernández, Carlos E. Pinzón, “Ampliando la visión”, en *Maguaré*, No. 14, Bogotá, Universidad Nacional, 1999, pág. 285.

unificador en el Primer Mundo, es en América Latina, signo de la exclusión de grandes conglomerados a los que no se los incorpora al proyecto nacional en términos distintos a la sumisión, con el agravante de que esos proyectos nacionales fueron dependientes de los países industrializados.

III

La llamada crisis de la modernidad, como metarrelato auto-interrogante de la visión hegemónica europea, plantea, desde las Ciencias Sociales, una relación más horizontal con las culturas del Tercer Mundo. Pero los Estudios Culturales, al partir de una explícita desconexión entre la economía y la cultura⁸, eluden los vínculos entre un multiculturalismo que reconoce al otro en su diferencia cultural, y una globalización para la cual todo ser humano está sujeto a unas reglas de mercado que, necesariamente, lo involucran.

Así, las categorías asociadas a la posmodernidad - fragmentación, dispersión, pérdida del centro, puesta en duda del sujeto, relativización de los discursos o muerte de los grandes metarrelatos- en nada cuestionaron el proyecto liberal ni las nuevas relaciones de mercado. Y la ciudad, ámbito privilegiado de ese proyecto, tendría que adaptarse a los nuevos requerimientos. De este modo, las ciudades del Primer Mundo añadieron a su infraestructura existente los espacios virtuales necesarios para que los flujos de la posmodernidad se hicieran posibles: flujos de ciudadanos hacia el trabajo o el ocio, flujos de capital, flujos de programación, flujos de información en el ciberespacio, flujos vinculados al universo de un mercado único que, desde finales del siglo XX "se consolidó como una instancia fundamental de producción de sentido"⁹. Es decir que Occidente, simultáneamente a los grandes debates sobre la crisis de la modernidad, construye un proyecto económico que mantiene relaciones que ya no serían llamadas de dominación, pero que aumentan la riqueza de los ricos y la pobreza de los pobres mientras reivindican el enorme conglomerado de otros que la modernidad había dejado por fuera en ese nuevo proyecto al que denomina multicultural. Para ello, exagera el individualismo occidental hasta el narcisismo contemporáneo y reconoce en las colectividades no occidentales las características culturales que pueden servir al universo del mercado. En todos los casos, los vínculos reconocidos son lo suficientemente débiles para poder ser

satisfechos en el intercambio de bienes y servicios. De ahí que se des-regulen y privaticen casi todas las esferas de lo público mientras se alaba una desterritorialización que sirve para que nadie se pregunte por la pérdida de poder del Estado; se dimensiona la ciudad para resemantizar el concepto de ciudadanía no dependiente ya de la pertenencia a una nación; se valoricen la juventud y la virtualidad para que nadie pregunte por el futuro; y la velocidad, para que el espacio sea inasible. Las diversas lenguas, comidas, religiones y vestidos se sumergen en el espectáculo de los medios despojándolos de su carácter de subversión y la ciudad, como la vida, se torna espectáculo, descentrado, desterritorializado, fragmentado, marcado por esos signos identitarios del nuevo orden que son los centros comerciales.

IV

Específicamente en Colombia, el cambio de paradigma que opera la globalización en lo económico y la consiguiente mundialización de la cultura se realiza sobre un conglomerado humano que, en su mayoría, no había establecido sentidos de pertenencia con el Estado-nación. A una visión clasista y católica del mundo propia de las clases medias entre los cuarenta y los setenta, se añade la desconexión a un proyecto nacional de los grandes conglomerados urbanos de la miseria, el aislamiento de los campesinos, la exclusión de grupos indígenas o negros y la improductiva movilidad social de los ochenta y los noventa proporcionada por el narcotráfico y la corrupción.

Si "en vez de ver el mundo como si fuera una colección (de Estados-nación, cada uno con una sociedad y una cultura nacional propias), el reto de la globalización es pensar en términos de flujos, incluyendo las identificaciones culturales, que pueden cruzar fronteras nacionales"¹⁰, tendremos que construir las categorías para pensar los flujos de desempleados que recorren las ciudades colombianas, los flujos de desplazados por la violencia, los flujos vehiculares signados por el miedo o los flujos de capital hacia el exterior. Flujos que, como tales, son desterritorializados, pero cuyas marcas identitarias, inscritas en el proceso de la globalización, nos excluyen de la posibilidad de participar en el universo del mercado.

La globalización hace que en los países periféricos como Colombia, las agendas urgentes de los conflictos sociales deban apuntar prioritariamente a las contradicciones referidas

⁸ Ver los estudios de Morley, Katz y Ang, entre otros y en América Latina, Martín Barbero y García Canclini.

⁹ Renato Ortiz, *Otro Territorio...*, pág.100.

¹⁰ John Sinclair, *Televisión: Comunicación Global y Regionalización*, Barcelona, Gedisa, 2000, pág.86 (La cita se refiere a una afirmación de Chris Barker).

a la desigualdad, el desempleo, la pobreza, el analfabetismo, la delincuencia común, los servicios públicos. Reflexionar sobre negociaciones de saberes desde la exclusión o de receptores activos en la construcción de una ciudadanía en condiciones tan precarias, equivale a legitimar unas prácticas sociales desde una concepción de la cultura que, a partir de una noción de reconocimiento, inmoviliza en la búsqueda de una identidad por fuera del universo de la industria cultural global y legitima las carencias materiales desde la actividad de los receptores de la miseria.

En este sentido, los países periféricos tendrían que estar alerta para evaluar si el discurso de la globalización no indica el nacimiento de un nuevo totalitarismo cuya única ciudad, único sistema aduanero, único sistema militar, están en un centro inasible pero concreto, escondidos tras el discurso de una desterritorialización que, lejos de incluirnos en la virtualidad de un mundo mercantil, nos vende inocuas identidades mientras aumenta las profundas contradicciones sociales heredadas del proyecto moderno, agudizadas por un nuevo orden mundial que se pretende inmune a toda opción política.

VI.

La ciudad posmoderna es, entonces, el escenario adecuado para que el individuo narcisista se reconozca a través de las marcas que le sugiere el deseo. Deseo ligado al presente y que encuentra su satisfacción en el universo del consumo. Sin embargo, en las grandes ciudades del Primer Mundo, las marcas identitarias tradicionales no sólo no han sido borradas sino que se resignifican en la contemporaneidad. El Arco del Triunfo es otro desde la construcción del Arca de la Defensa y junto a los rituales colectivos o individuales del centro comercial instalados en la lógica del consumo, se siguen ejerciendo aquellos ligados a la plaza o al parque. En contraste, los latinoamericanos hemos ido perdiendo las ciudades. La pérdida del centro, por ejemplo, lejos de ser una metáfora que describa los procesos de fragmentación de la ciudad en virtud de su crecimiento es, en muchas de nuestras ciudades, literal: inseguridad, caos, ruina de los signos de un pasado que, entonces, se torna ilegible. Descentramiento por dispersión en un caso, por deterioro en el otro, los signos de la globalización no son los mismos en todo el planeta. Igualmente, el centro comercial no es sólo en nuestros países "un territorio que se independiza de las tradiciones urbanas y de su entorno histórico"¹¹, sino el ámbito que se libera de las

incertidumbres que el espacio público niega. En contraste con las ciudades latinoamericanas, la ciudad posmoderna del Primer Mundo se construye desde un modelo de fragmentos controlados y de dispersiones reguladas. Allí, el individualismo contemporáneo puede ejercerse sin agredir al otro, el hedonismo se satisface en el universo de bienes y servicios, y la violencia desideologizada del individualismo extremo, la "violencia (que) se desubstancializa sin programa ni ilusión"¹² producto, la mayoría de las veces, de la exclusión del universo del consumo¹³, se enfrenta a un aparato represor cada vez más aséptico. En América Latina, las ciudades se tornan más incontrolables y la pérdida de los núcleos identitarios tradicionales reemplazados por una virtualidad excluyente y un consumismo imposible de satisfacer agudizan los problemas propios de las grandes urbes al insertar a la población en un subjetivismo exacerbado y ahistórico que imposibilita pensar la colectividad. Si es cierto que, como afirma Renato Ortiz, "debemos pensar la ciudadanía como un conjunto de valores que se actualizan en espacios diferenciados"¹⁴, los cuales incluyen "necesariamente la libertad y la democracia", hay que entender que, en ese espectáculo personalizado que es el universo del consumo, libertad y democracia no son ya valores sino sensaciones valorizadas, satisfechas en ese ámbito para el despliegue del yo narcisista que es la ciudad posmoderna. Esta, como todo producto globalizado, está hecha para seducir. Sus características deben ser las mismas que las de cualquier artículo en el mercado: ser bella, agradable, segura, funcional, dar una sensación de libertad y estar al alcance de todos. Quizá, también, ocultar la soledad. En América Latina, sólo unos sectores aislados de la ciudad ofrecen el espectáculo de la seducción. La libertad fácil del consumo y la democratización de los espacios se ejercen para un ínfimo número de ciudadanos. Nuestras ciudades no están construidas ni para la seducción ni para la soledad. La modernidad mundo nos sumerge en una precariedad en donde el individualismo se resuelve en la negación de una noción de ciudadanía que haga de los contextos urbanos universos habitables. Mientras la violencia en las calles disminuye en los países desarrollados, aumenta en los contextos del Tercer Mundo. Mientras en los primeros se

¹¹ Federico Medina Cano, "El Centro Comercial: Una Burbuja de Cristal", en *Diálogos de la Comunicación*, No.50, Lima, 1997, pág. 115.

¹² Gilles Lipovetsky, *La Esfera del Vacío*, Barcelona, Anagrama, 1986, pág. 220.

¹³ Para unas estadísticas de los grupos de violencia en el Primer Mundo, véase, *Ibid.*, pág. 208. Según las estadísticas citadas, la violencia se concentra en los grupos marginales de la sociedad.

¹⁴ Renato Ortiz, *Otro Territorio...*, pág. 115.

democratizó el acceso a la escuela, a los transportes confortables, a los espacios para la recreación y el ocio, al consumo superfluo, a los universos virtuales, a las vacaciones planificadas, a la depresión y al suicidio, mientras la ciudad se vive como un gran escenario construido para el espectáculo de la expansión de la individualidad desencantada, las urbes de América Latina reproducen el escenario contemporáneo del Primer Mundo en sectores aislados, los cuales, en una suerte de sinécdoque urbana, se constituyen en el signo de nuestro ingreso en la cultura mundializada; pero en la mayoría de los sectores, que son, a la vez, los más ocultos, el espectáculo de la posmodernidad convive con la escenificación de una desesperanza que no es la del individualista exacerbado por el consumo, sino la de los otros, a los cuales, desde lo multicultural, se les ha reconocido en su carencia. De este modo, lo cultural se ha convertido en la instancia legitimadora de unas diferencias que incluyen a unos como agentes del espectáculo y a otros como sus receptores; a los primeros, como individuos y a los segundos, como colectividades. Pero, paradójicamente, estos grupos, en virtud de su papel como consumidores de un discurso desclasado y desterritorializado, han perdido la noción de su propia colectividad.

Así, el paradigma de la globalización y su correlato, el multiculturalismo, parecerían haber agotado la necesidad de una noción de ciudadanía que sólo puede concebirse desde lo colectivo y la de un proyecto ético construido a partir de solidaridades no promovidas desde el espectáculo del consumo. Porque si como ha afirmado Guy Debord, “el espectáculo es el momento en el cual la mercancía alcanza la *ocupación total* de la vida social”¹⁵, los problemas urgentes de América Latina se desvalorizan, precisamente, en cuanto se transforman en espectáculo virtual que no convoca a acciones ni asume compromisos.

“La ciudad -afirma Debord- se ha limitado a ser el escenario de la contienda por la libertad histórica, pero no ha llegado a ser el terreno de su posesión”¹⁶. En América Latina el debate de la libertad nunca ha tenido un espacio en nuestras ciudades. Es ésta una reflexión pendiente que deberá empezar por preguntar los límites del poder que se le puede permitir ejercer al espectáculo urbano posmoderno sobre unos grupos que sí requieren construir nociones de colectividad ligadas a continuidades espaciales en virtud de sus problemáticas concretas. La posmodernidad es también posibilidad. La valorización de lo local y, en particular, del territorio

ciudadano, nos obliga a pensar modelos para nuestras ciudades con proyectos históricos que nos vinculen a la cultura mundo. Vínculo construido, no desde un reconocimiento otorgado desde los centros de poder, sino desde un autorreconocimiento alcanzado en la propia regulación de la producción simbólica que nos re-presente y en la construcción de escenarios urbanos en donde socializar dichos símbolos. La posibilidad de conferir sentido a nuestra cotidianidad desde lo local implica un cambio de mirada. El proyecto globalizador no es ineludible ni la ética del postdeber un imperativo. La elección en el universo del consumo no es ejercicio de libertad, ni la soledad de los flujos el último estadio de la historia. Las ciudades de América Latina, debido precisamente a sus enormes carencias, pueden plantear modelos alternativos de vida urbana. Para ello, hay que empezar por mirar nuestras ciudades en toda su dimensión física y simbólica y concebir la libertad como el escenario donde convive la diversidad, no el espectáculo multicolor de la diferencia.

Para terminar, citamos el párrafo final del ensayo *Sobre la Libertad* de John Stuart Mill¹⁷ quien ya hace casi ciento cincuenta años viera con extrema lucidez la fractura del proyecto liberal:

... un Estado que empequeñece a sus hombres, a fin de que puedan ser más dóciles instrumentos en sus manos, aun cuando sea para fines beneficiosos, hallará que con hombres pequeños ninguna cosa grande puede ser realizada; y que la perfección del mecanismo, a la cual todo lo ha sacrificado, terminará por no servirle para nada por falta del poder vital que, en aras de un más fácil funcionamiento de la máquina, ha preferido proscribir.

Bibliografía

Baudelaire, Charles, *El Pintor de la Vida Moderna*, Bogotá, El Ancora Editores, 1995.

Debord, Guy, *La Sociedad del Espectáculo*, Valencia, Pre-textos, 2000.

Enzensberger, Hans Magnus, *La Gran Migración*, Barcelona, Anagrama, 1992.

Fernández, Ana María y Pinzón, Carlos E., “Ampliando la visión”, en *Manguaré*, No. 14, Bogotá, Universidad Nacional, 1999.

¹⁵ Guy Debord, *La Sociedad del Espectáculo*, Valencia, Pre-textos, 2000, pág. 55.

¹⁶ Ibid., pág. 148.

¹⁷ John Stuart Mill, *Sobre la libertad*, Madrid, Alianza, 1999, pág. 207.

García Canclini, Néstor, *Consumidores y Ciudadanos: Conflictos Multiculturales de Globalización*, Méjico, Grijalbo, 1995. Giraldo, Fabio, Viviescas, Fernando (comp.), *Pensar la ciudad*, Bogotá, Tercer Mundo, 1996

Hobsbawm, Eric J., *Las Revoluciones Burguesas*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1964.

Johnson, Harry, *La Economía Mundial en la encrucijada*, Barcelona, Labor, 1968.

Lipovetsky, Gilles, *La Esfera del Vacío*, Barcelona, Anagrama, 1986.

———, *El Imperio de lo Efímero*, Barcelona, Anagrama, 1990.

Llano, Alejandro, *La Nueva Sensibilidad*, Madrid, Espasa Universidad, 1988.

Mattelart, Armand, "Utopía y Realidades del Vínculo Global. Para una crítica del Tecnoglobalismo", en *Diálogos de la Comunicación*, No.50, Lima, 1997.

———, *Los nuevos escenarios de la comunicación internacional*, Barcelona, 1994.

Medina Cano, Federico, "El Centro Comercial: Una Burbuja de Cristal", en *Diálogos de la Comunicación*, No.50, Lima, 1997.

Mill, John Stuart, *Sobre la libertad*, Madrid, Alianza, 1999.

Ortiz, Renato, *Otro Territorio, Ensayos sobre el Mundo Contemporáneo*, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 1998.

Protzel de Amat, Javier, "Auge de la Globalización y Crisis de la Universalidad", en *Diálogos de la Comunicación*, No.50, Lima, 1997.

Sinclair, John, *Televisión: Comunicación Global y Regionalización*, Barcelona, Gedisa, 2000.

Tomlinson, John, *Cultural Imperialism*, Londres, Pinter, 1991.